

A través del espejo Ramón López Velarde como modelo

Hugo Hiriart

Ningún artista nacional, y muy pocos de sus hombres de acción igualan la curiosidad que despierta en nosotros Ramón López Velarde. No sólo su obra asombrosa, sino las escenas y datos de su vida corta y reconcentrada se han convertido en una especie de pasión mexicana. Libros, estudios, biografías sobre él se han multiplicado incesantemente, ya hay libros sobre los libros lopezvelardianos. Tal parece que todos queremos decir nuestra palabra y echar nuestra hipótesis en el paño verde de la discusión sobre la existencia del, como lo llamó Borges, “dulce López Velarde”.

¿Por qué?, ¿por qué López Velarde tiene el fervor y la devoción de nuestra curiosidad? La respuesta es, creo, porque López Velarde constituye un cierto modelo humano diáfano y acabado, el modelo del poeta apasionado, es decir, del hombre capaz de transfigurar, en su química interior, la miseria de la existencia en el limpio cristal de los versos.

Un modelo, los humanos precisamos modelos para orientarnos en el océano de la existencia. La teoría de los modelos o paradigmas como guías de la existencia ha sido estudiada por el elocuente y fino pensador Max Scheler.

Este modelo tiene dos términos: los datos de la vida, por un lado, y su transformación en mitología poética, por otro. Pensemos en el paseante solitario vestido de negro. Es discreto y orgulloso, vino del interior a conquistar, en la guerra literaria, la capital. Camina por la calle de Plateros; el gesto y la figura no divulgan la tormenta allá adentro de él. Porque el muchacho está enamorado, si no lo estuviera no sería ni poeta ni modelo ni nada, probablemente desaparecería en el aire. Está enamorado, pero su amor es imposible, inalcanzable. Siempre



Ramón López Velarde

ha sido así, el poeta ama, pero no puede comprometerse, es decir, ama y no ama. Es una contradicción, pero qué importa, el muchacho vive entre contradicciones, está saturado por ellas. No importa, las contradicciones se resuelven en los versos, y son, de algún modo, su combustible.

Contradicciones: venera la provincia ingenua y vive en la capital; santifica la niñez y es adulto; aborrece la vida en familia y ha escrito la mejor página en condenación de la existencia del soltero. Católico, más católico que cristiano, podría decirse. Pero en su mente conviven el exvoto de iglesia y la postal prostibularia, el cielo y el infierno, la castidad, deseada, más que alcanzada, y una sensualidad turbulenta, el león y la virgen. Es poeta, es decir inmensamente preciso, y al mismo tiempo dictamina que hay

que escribir con la sangre, no con la cabeza. Es refinado, su teoría y su poesía, al final del corto viaje, colindan casi con el surrealismo europeo, y es también un provinciano tímido, un paleta y un payo siempre incómodo. Es pobre y arrogante, seguro y frágil; en él no hay ni puede haber placidez, sino tensión, una constante tensión nacida del fugaz equilibrio de las contradicciones. Y esto hace al poeta. Y modelo: el hombre que salva sus contradicciones y se sostiene por y para la poesía.

Sobre todo nuestro modelo es una figura trágica, la del poeta genial muerto absurdamente a los treinta y tres años de edad. Era muy joven, pero había ganado su lugar. Ya el funeral tuvo algo de apoteosis. El México de la Revolución Mexicana lloraba, en el despertar del nacionalismo estético, al más mexicano de sus poetas.

Porque López Velarde había logrado aislar en sus poemas una existencia mexicana, un cierto modo de auscultar el latido de un tiempo y geografía que lentamente iban cediendo ante las transformaciones de la modernidad. El mérito del poeta no está ciertamente en esta captura, sino en los términos estéticos, en la red que usó para atraparla: el arte, como siempre, aparece en el proceso de hacer las cosas, en este caso, los versos, y es rebelde a las formulaciones conceptuales.

Esta brevísima aproximación está hecha para guardar la memoria del poeta, no con reverencia pasiva y distante, sino como estímulo inquietador que nos lleve a frecuentarlo. El trato con López Velarde es siempre deleitoso y fructífero, y el mayor homenaje que puede hacerse a un poeta, a nuestro modelo poeta es, desde luego, leerlo, leerlo bien, paladeándolo lentamente, palabra a palabra, poema a poema. **U**